

LA PALABRA DE LA DISCORDIA

Una reflexión sobre el carácter descriptivo de la lingüística

Sergio Parrillas Manchón

Verushka Lieutenant-Duval es una joven profesora de Artes y Humanidades en la Universidad de Ottawa. Entre sus áreas de interés se encuentran el análisis del discurso, los estudios de género y algunos estudios lingüísticos (*Classical Studies Major, Italian Studies Minor*). Ahora su puesto peligra por una disputa que mantuvo con una alumna por la pronunciación de una palabra tabú en una de sus clases.

El pasado 23 de septiembre, tal y como recoge Jaime Porras Ferreyra para el diario *El País* (2020), se impartía un curso sobre arte e identidades sexuales. La profesora empezó a hablar sobre la palabra *queer*, sobre cómo en inglés se utilizaba como un insulto para señalar a personas homosexuales, bisexuales, trans o con una identidad que se desviara de toda normatividad social, y sobre cómo a través de un proceso de inversión semántica, en el ámbito propiamente *queer*, se empezó a usar como un término empoderante, algo así como: “sí, soy maricón, y bien orgulloso de ello estoy”. Para completar el análisis de lo que respectaba a la explicación de este proceso de inversión semántica, mencionó otra palabra, el sustantivo *nigga*, y explicó que dicho término que se usaba para señalar de una manera muy violenta a la comunidad afrodescendiente de la América angloparlante acabó siendo, en las comunidades afroamericanas, una etiqueta que se reclama con orgullo. Es algo similar al proceso que podemos apreciar en la canción titulada *Me gritaron negra*, de Victoria Santa Cruz. En ese mismo momento no hubo ningún tipo de reacción destacable por parte del alumnado; sin embargo, en cuestión de horas, recibiría una queja promovida por Akash Ranu y Laetitia Tir a la que se le sumarían más de diez mil estudiantes (esta misma se puede consultar a día de hoy en la propia página web de *Change.org* [2020]). Con todo esto, fue expulsada de la Universidad de Ottawa, pero ha vuelto a ser admitida provisionalmente, puesto que ha recibido el apoyo de muchos docentes del ambiente universitario.

Indistintamente de si este relato, tal y como lo narran los medios, es cierto o de si realmente hubo una intención maliciosa por parte de la profesora —algo sobre lo que no tenemos recursos suficientes para discernir de manera objetiva—, vamos a analizar el supuesto de que, efectivamente, todo fue como se relata. Ello se debe a que lo que nos interesa cuestionar aquí no es el hecho en sí mismo, sino la posición de las ciencias sociales y, en específico, de la lingüística con respecto a la sociedad que toma como objeto histórico. Si has leído hasta este punto, puede que hayas caído en una contradicción. Para narrar todos estos sucesos, he tenido que citar la palabra de la discordia: *nigga*. ¡Vaya! Lo he vuelto a hacer... Espero no recibir, siendo integrante de otra comunidad lingüística y sujeto de otro ámbito cultural, las consecuencias de dejar marcada en tinta esta palabra (aunque, con la globalización de los discursos norteamericanos, uno nunca sabe). Está claro que ha sido muy osado por mi parte “mentar a la bicha”. Interesante, ¿no? Centrémonos ahora en el verbo “mentar”, pero antes voy a explicar la lógica por la cual se acusa a esta profesora de racista.

Resulta que, con el auge de algunos raperos afroamericanos y la representación de la cultura negra en los medios de masas, el público, sorprendido por el valor estético de estas formas discursivas, no tardó en hacerse eco de la reapropiación del término *nigga* que se llevaba a cabo en dichos ambientes. Esto tuvo como consecuencia que muchos raperos blancos y personas que querían imitar la jerga o las actitudes de sus referentes afrodescendientes utilizaran dicha palabra, *nigga*, como si fuera algo empoderante, para referirse a la propia comunidad negra. Evidentemente, esto no solo suponía una despolitización del vocablo, sino que además sonaba bastante violento teniendo en cuenta, además, que se originó como una manera muy ofensiva de catalogar a las personas negras en un contexto de dominio racial. En ese punto, personalmente, comparto la crítica que se le pueda hacer a cualquier persona blanca que profiera “la palabra de la discordia”. No obstante, en este caso concreto, no se está tomando en consideración un factor fundamental en el discurso de Verushka Lieutenant-Duval. Ella nunca usó la palabra *nigga*, sino que la *mencionó*, y esta diferencia es crucial para entender por qué se está escribiendo este artículo.

No hace falta ser un experto en Jakobson para entender en qué consiste la función metalingüística del lenguaje. Es igual que el que existan autónimos que no poseen un significado pleno dentro del texto, sino que desempeñan la función de referenciarse a sí mismos. Por tanto, no es lo mismo decir “Pepi, ¡qué guapa estás hoy!” que enunciar “el adjetivo calificativo ‘guapa’ deriva del latín *vappa* que, originalmente, significaba...”. Y, aunque en un texto oral no podamos señalar con comillas angulares, inglesas o simples una palabra mencionada, cuando se articula un término con el propósito de explicar datos que conciernen a su semántica histórica y a las causas sociales que motivan un cambio de significado, como hizo esta profesora con las palabras *nigga* y *queer*, resulta evidente que estamos ante un vocablo *en mención* y no ante un vocablo *en uso*. Distinta hubiera sido la situación si la profesora se hubiese referido a un alumno como *nigga* o hubiera utilizado la palabra como elemento con significado léxico dentro de un acto de habla. Pero, aquí estamos analizando que la sola articulación de la combinación fónica [ˈnɪgə], sin atender siquiera al cotexto y al contexto en que se emplea, supone un tabú tan fuerte que ha indignado a muchos activistas antirracistas.

Es una palabra realmente peliaguda, especialmente si consideramos cómo el racismo y el supremacismo blanco se reavivan en Norteamérica. A mí me han llegado a comentar que es una palabra tan fuerte que, si la sueltas en plena calle, te pueden partir la cara en dos. Es curioso, ¿verdad? Cabe estudiar cómo las palabras no son solo eso, meras palabras, sino también actos sociales que tienen consecuencias en nuestro mundo y, en este caso, tener la cara partida en dos. Quizá el bueno de Grice no mentía cuando decía que el habla también son actos con efectos en el mundo. Esta situación en concreto, es decir, en su contexto más específico, además, me recuerda un poco a la expresión “no mientes la bicha”, como si por únicamente pronunciar la palabra “serpiente” atrajeran una serie de infortunios a este mundo. Al menos este tabú parece tener un fundamento más racional y comprensible en la historia de Norteamérica; sin embargo, el modo en el que se ha juzgado este contexto no solo no tiene nada de racional, sino que pone en peligro nuestro papel como antropólogos, como sociólogos, como analistas del discurso, como lingüistas y, en definitiva, como científicos sociales de cualquier tipo.

Porque ahora resulta que yo, si fuera profesor en el área de Lengua Española, me encontraría con palabras que no podría mencionar a fin de analizarlas semántica, morfológica y sintácticamente, e incluso desde una dimensión sociolingüística y pragmática, como pretendía esta profesora. Los lingüistas, al parecer, debemos someternos a las tensiones subjetivas de los objetos lingüísticos que tratamos, como si nuestra posición no debiera ser externa a dichas tensiones, como si no fuéramos simples descriptores de una realidad lingüística y sus relaciones con la sociedad. Alegorizando esta circunstancia, es como si nos consideraran nazis por narrar lo acontecido en Auschwitz contra la sensibilidad de los estudiantes de Historia, incluso considerando que algunos de ellos pudieran ser judíos o gais (yo lo soy y garantizo que este comentario no proviene de ningún “privilegio” heteronormativo). Debemos recalcar que esta profesora hizo un análisis *decolonial* del término, en un contexto marcadamente antirracista, y lo que se juzga es el simple hecho de mencionar la palabra [ˈnigə]. No es como si el profesor de Historia que está narrando lo sucedido en Auschwitz emitiera un discurso sesgado a favor del nacionalsocialismo. En todo caso, para comprender la obsesión que suscita dicha palabra, es necesario que consideremos otra noticia más. Esta fue publicada a principios de septiembre del pasado año por el periódico digital *20minutos.es*, y el titular afirma lo siguiente: “Despiden a un profesor universitario por usar una palabra china que suena igual que un insulto racista”. En esta ocasión, una “palabra de relleno” que se usa en chino se relaciona equívocamente con la expresión racista que tanto hemos mencionado en este artículo. Imagino que, viéndose el contexto lingüístico en que se podría explicar el funcionamiento de una palabra del chino, también estaríamos muy probablemente ante una mención que vertebrara un enunciado metalingüístico, y no ante un uso censurable de tal expresión en boca de una persona no negra.

Es un vocablo que probablemente, en algunas personas afrodescendientes con mucha susceptibilidad, pueda resultar molesto debido a todas sus implicaciones culturales. En ese punto, entiendo que, dentro de lo posible, se pueda optar por usar la fórmula *N word* para referirse al mismo. Ahora bien, no imagino un trabajo de corpus en el que dicha palabra fuese referida constantemente por un eufemismo que, por otra parte, no va a hacer que la palabra referida deje de significar lo que significa y deje de suponer lo que ha supuesto para la sociedad norteamericana. Los procesos de interdicción lingüística son bastante curiosos, porque a veces estamos en una constante sucesión de palabras que se contaminan dadas sus connotaciones negativas: subnormal> retrasado mental> deficiente mental> discapacitado intelectual> con discapacidad intelectual> con diversidad funcional.

Casualmente, la obsesión por una sustitución lo más correcta posible lleva consigo conflictos algo peculiares. Dentro del activismo “disca”, se rechaza la utilización de las fórmulas “con discapacidad intelectual / con diversidad funcional”, porque lo que poseen no es una condición que haya que censurar en su naturaleza, sino que, por un proceso semejante al que sufren palabras como *queer* o *nigga*, se apropian del término “disca” como un medio de subversión. Me pregunto si, en una clase de semántica histórica, en el caso de que explicara todas las transformaciones que sufre la palabra “discapacitado”, algún alumno perteneciente al colectivo “disca” me increparía por usar una palabra en contra de su sensibilidad hasta el punto de pedir mi expulsión o si, por el contrario, se enorgullecería de que esclareciera todo este proceso que no tiene tan solo un interés

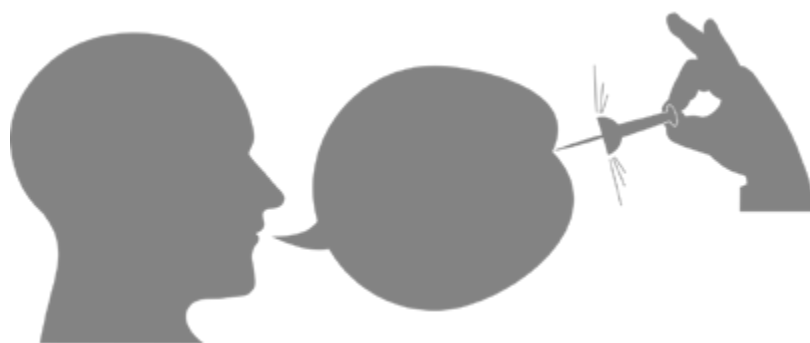
semántico en la explicación de la interdicción lingüística o la inversión semántica, sino también un efecto concienciador sobre el estudiantado.

Lo grave de todo este asunto es en qué posición de vulnerabilidad nos encontramos ahora los lingüistas por la proliferación de un activismo relativizante, impresionista y extremadamente individualista que, lejos de acarrear progreso, se enmarca en un discurso liberal auspiciado por el capitalismo tardío, que ni siquiera guarda relación con el pensamiento posestructuralista, sino que instrumentaliza postulados posmodernos para ofrecer una visión superficial de los procesos históricos sin atender a cuestión infraestructural alguna. Un asunto es el cuestionamiento que pueda hacer la filosofía posestructuralista de la Ilustración, del positivismo, de la modernidad e incluso de la propia ciencia, o el modo en el que se concibe la identidad en algunas escuelas de pensamiento como las marxistas y hasta posmarxistas, y otro asunto bien diferente es la propensión iconoclasta de abolir cualquier manera rigurosa de conocimiento que trata de dotarnos, con sus sesgos y con sus peros, de una explicación exhaustiva de la realidad. La lucha no es contra el racionalismo como medida de tratamiento de la experiencia, sino con la forma en la que el racionalismo se ha construido a conveniencia del hombre burgués blanco y heteronormativo en sus condicionantes históricos. Un lingüista tiene potencial derecho a analizar cualquier tipo de estructura sin ser amedrentado y, desde un planteamiento científicista, lo mismo da analizar el idiomatismo “me cago en Dios” que el idiomatismo “hacerse el loco”. Y, si, en el hipotético caso de que fuera un profesor de Pragmática, pusiera como ejemplo “me cago en Dios” y recibiera una demanda por parte de la Asociación Española de Abogados Cristianos por cometer una ofensa contra el sentimiento religioso, no tendría ningún reparo en enseñarle este artículo para explicar la diferencia entre “uso” y “mención”¹. Lenguaje y sociedad no son mundos separados por un muro inexpugnable; no vamos a entrar ahora en un inmanentismo caduco deslindado de la idea del sujeto. No obstante, precisamente por ello, somos nosotros, los y las lingüistas, quienes tenemos el objetivo de analizar por qué palabras como *nigga* desencadenan este tipo de situaciones en determinados sujetos hablantes. Y observamos términos como el recién citado tomando sus implicaciones sociales como frívolos datos, de la misma manera que un biólogo disecciona un pene y, posteriormente, un ojo sin ningún tipo de asco, o un antropólogo estudia las relaciones de poder en una cultura determinada; son objetos científicos que manoseamos sin ningún tipo de pudor.

Claro que podríamos tener deferencias con tal de satisfacer las necesidades de un alumno en concreto y también podríamos utilizar eufemismos de vocablos que resultaran demasiado impactantes para algún estudiante a modo de concesión espontánea, pero, en un ámbito académico como el nuestro, no tenemos el requerimiento coercitivo, y menos bajo la presión de ser expulsados, de recurrir al eufemismo de un término que estamos analizando semánticamente cuando justamente estamos en posición como lingüistas de explicar qué es un eufemismo y por qué se produce. El científico social no puede verse avasallado por este

1. Existe un tipo de contexto en el que se puede usar la mención para aludir indirectamente a un uso. Por ejemplo: “No entiendo por qué no te puedo llamar ‘maricón’, si es lo que eres”. No estamos, empero, ante esa modalidad de contexto.

tipo de cuestiones, puesto que sin él no existe el activismo. Sin las teorías de Marx y Engels no hay socialismo científico posible. Ahora bien, lo que no podemos hacer en los ámbitos científicos es dejar de describir la realidad del ser para empezar a describir la realidad del “deber ser”. El activismo no debe condicionar las ciencias sociales de forma falaz, igual que la ingeniería química no debe condicionar la química. Las ciencias sociales son la base teórica de todo activismo y la utilidad social no está por encima de ningún análisis objetivo. Como sujetos políticos, emprendemos luchas y conquistas sociales, pero el conocimiento tiene que ser producto de la descripción realidad material, de la realidad inmanente e incluso de cómo se construye a través del sujeto, pero no un idealismo mutilado por su propia desconexión con el medio que pretendemos estudiar. Por ello, es importante comprender que un diccionario de lengua, por ejemplo, no debe censurar palabras machistas u homófobas, sino que tiene que dar cuenta de una realidad lingüística. De este modo, en su valor documental, puede hasta servirnos de base para analizar el machismo o la homofobia en nuestra sociedad o, por qué no, sin ningún tipo de pretensión social, alcanzar un conocimiento de carácter cognoscitivo que nos ayude a comprender mejor el léxico de nuestra lengua, que no es más que el objetivo de toda ciencia teórica.



Bibliografía

- Music MGP, “Victoria Santa Cruz | *Me gritaron negra* (Afro Perú) | Music MGP” [archivo de vídeo]; <<https://www.youtube.com/watch?v=cHr8DTNRZdg>> [consulta: 20 de enero de 2021].
- PORRAS FERREYRA, Jaime, “Una palabra sacude una universidad canadiense”; <https://elpais.com/sociedad/2020-10-27/una-palabra-sacude-una-universidad-canadiense.html?ssm=TW_CM> [consulta: 18 de enero de 2021].
- RANU, Akash & Laeticia TIR, “Discipline Dr. Verushka Lieutenant Duval and ban the use of the N-word”; https://www.change.org/p/university-of-ottawa-discipline-dr-verushka-lieutenant-duval-and-ban-the-use-of-the-n-word?recruiter=false&utm_source=share_petition&utm_medium=twitter&utm_campaign=psf_combo_share_message&recruited_by_id=9fd2fba0-11b1-11eb-bd8d-4fe8d40def&share_bandit_exp=message-25329502-en-CA [consulta: 7 de diciembre de 2020].